

ISSN: (EN CURSO)

ESPAÑA 1900/20 VS. 1980/2000: LA MODERNIZACIÓN VISTA POR VIAJEROS Y OBSERVADORES GERMANOHABLANTES

*Spain 1900/20 vs 1980/2000 Modernization as Seen
by German-Speaking Travellers and Observers*

Ángel REPÁRAZ

*Universidad Complutense de Madrid/IES «Lope de Vega» Madrid; derroteengel@
gmail.com*

Recibido: marzo de 2010; aceptado: junio de 2010; publicado: julio de 2011

BIBLID [(en curso) (2011) vol. 1; 49-63]

Ref. Bibl. ÁNGEL REPÁRAZ. ESPAÑA 1900/20 VS. 1980/2000: LA MODERNIZA-
CIÓN VISTA POR VIAJEROS Y OBSERVADORES GERMANOHABLANTES. 1616
1616 1616: Anuario de Literatura Comparada, 1, 2011, 49-63

RESUMEN: En el presente trabajo se lleva a cabo una comparación de la imagen que se hicieron de España los viajeros y observadores germanohablantes que la visitaron a principios del siglo xx –un país empobrecido, que salía de una grave crisis nacional y enfrentaba otras– con la que nos presentan entre setenta y noventa años después, mucho más positiva en cualquiera de los aspectos considerados. Base del trabajo han sido los documentos escritos que nos han legado (diarios, artículos, cartas, informes, libros). Si en las primeras décadas del siglo pasado en lo fundamental detectan el atraso y hasta a veces el carácter no europeo de algunas de las realidades del país –con excepciones: Rilke, Thelen, W. Krauss–, la percepción de la España de 1990/2000 puede resultar positiva en exceso.

Palabras clave: viajeros germanohablantes, imagen española, país atrasado, normalización.

ABSTRACT: The article deals with the impression German-speaking travellers and observers gained of the early 20th century Spain; an impoverished country that was leaving behind a deep national crisis and was facing many other crisis. This situation is compared to the impression of Spain between seventy and ninety years later, which is much more positive in every aspect. The present article is supported by a legacy of written documents (diaries, articles, letters, reports, books). In the first two decades of the former century the writers showed a backward country and at times even in some aspects of the country a non-European character. However, there are exceptions such as Rilke, Thelen and W. Krauss. The modern perception of Spain during 1990 and 2000 might be excessively positive at times.

Key words: german-speaking travellers, impression of Spain, backward country, modernization.

Lo que estas notas puedan tener de, *sit venia verbis*, trabajo de campo comparatístico –dos cortes en la diacronía de la España del xx, con alguno más en el arco que subtienden las fechas extremas– lo pone la mirada ajena misma, la heterovisión especificada aquí como una selección de viajeros y observadores germanohablantes que, en textos admitidamente representativos, dan fe desde otra realidad histórico-cultural de algunas singularidades de la vida de un país que ha despertado su interés. La oferta es amplia, y muy anterior al período en estudio, pues contactos de alguna regularidad entre los reinos ibéricos y viajeros de aquella procedencia ha habido por lo menos a partir del siglo xv, cuando se presentaban como peregrinos en el camino de Santiago, con abundantes nobles entre ellos, o como artesanos –hacia 1500 había en España cerca de treinta imprentas alemanas, y en la construcción de catedrales, señaladamente en las de Toledo y Burgos, intervinieron maestros de obras alemanes– o comerciantes.

Puede darse que una colectividad internalice elementos de una idea de o sobre ella que le viene impuesta desde fuera; por motivos históricos de bastante complicación, entre los españoles esto ha tenido efectos en el concepto reflejo que tienen de sí. Se ha hablado al respecto del complejo de inferioridad de los españoles –entre los autores alemanes consultados en Haudrich y Bernecker–, y se ha pretendido situar sus raíces en la leyenda negra, representada en la literatura alemana en textos tan conocidos como las *Tischreden* de Lutero o el *Don Carlos* de Schiller. Es de interés de todas maneras recordar, como señala Enzensberger (1985), que el documento

fundacional se escribió en español y en España, y por un monje dominico; es la *Brevísima relación de la destrucción de Indias* (1542) de Bartolomé de las Casas (que Menéndez Pidal despacha como, a lo sumo, el delirio paranoide de quien seguramente tenía buenas intenciones¹), que fue seguida por las denuncias de Reinaldo González Montes (Montano) o de A. Pérez, muy leídas también en Alemania (en latín o en alemán). El resultado sobre la mentalidad colectiva española ha sido, en cualquier caso, el malestar, una sensibilidad especial ante el reproche ajeno, y/o la no integración de la crítica; Bartolomé de las Casas continúa habitando en el limbo del no reconocimiento público. Gimber (2003, 39) recuerda que ni en Barcelona ni en Madrid tiene una calle a su nombre, por no hablar ya de un monumento.

Christian August Fischer o los hermanos Humboldt están en el gozne entre los siglos XVIII y XIX, pero también algunos autores que nunca pusieron pie en la península han hecho mucho por romantizar la imagen exterior del país: precisamente los románticos –en primera línea los hermanos Schlegel y Tieck; la traducción del *Quijote* de este último (1799-1801), alcanzó una merecida importancia–, cuyas ensoñaciones caballerescas sobre el país ibérico deben mucho a la labor crítica o divulgadora de Lessing, Bertuch, Goethe, Wieland y, sobre todo, a Herder. En los círculos románticos (Hoffmeister 1980, 143) se llegó a hablar de un «decenio español» (1800-1810) y hacia 1800 F. Schlegel (1983, 225) escribe en sus fragmentos: «En la poesía española más antigua está reunido casi todo lo que se denomina romántico». El sobresaliente filólogo Wilhelm von Humboldt es aquí particularmente relevante tanto por sus precisas descripciones del país y sus gentes como porque con su segundo viaje a España inaugura además una tradición idealizadora de los vascos y su pretendido igualitarismo histórico, expresión a sus ojos de «un pueblo de carácter libre y cuerpo perfecto» (Humboldt 1999, 143). Tampoco deben pasarse aquí por alto la traducción schopenhaueriana del *Oráculo manual* de Gracián (de 1862, aparecida póstumamente), que se sigue reeditando en Alemania, o las notas sobre el Sur español, muy atinadas, de la condesa Ida Hahn-Hahn a mitad de siglo.

En el período considerado se han producido las lógicas alteraciones en la tipología, el grado de información, los intereses y los móviles de los visitantes; así, a principio del XX se arroba ante la pintura española Rilke, que con Alfred Kerr y Julius Maier-Graefe, ambos críticos, contribuye en mucho a la revalorización del rango artístico de El Greco; si bien Meier-Graefe (Vega en Raposo 2009, 33), «que visita España para confirmar sus

1. MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *El padre Las Casas y su doble personalidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1963.

ideas preconcebidas sobre el impresionismo del arte español, pasa con absoluto desprecio por la monumentalidad salmantina e incluso se queda decepcionado ante Velázquez». Aun así, el *Spanische Reise* de Meier-Graefe, una especie de diario de su viaje español de 1908, muestra una evidente sensibilidad para la música, el folklore, la pintura, etc. del país que visita. La estancia es ya de varios años para Max Nordau, en tiempos impulsor con Herzl del movimiento sionista y que vive en Madrid, y muy modestamente, durante la Gran Guerra (pero conocía el país de mucho antes); Nordau alguna vez opone la grandeza del pasado mahometano de la península con un presente que juzga desconsolador. Tampoco es episódica la visita (1922-1926) del joven romanista Werner Krauss; por entonces ve también la luz el curioso *Pyrenäenbuch* de Tucholsky, ácido en ocasiones en sus impresiones sobre las provincias vascas. Está asimismo el informe de Koestler sobre su dramática experiencia española –*Ein spanisches Testament* (1938)–, y, bastante después de la guerra civil pero con un país todavía desgarrado, el diario de viaje de Koeppen (1955). La crónica alemana de la España postdictatorial, como se verá, está bien representada por, entre otros, autores como Enzensberger, Bernecker, Haubrich, Herzog, Ingendaay o Drouve.

Hoy se acepta que la restauración monárquica de 1874 coincidió, no sin disfunciones, con un período de alguna extensión de las libertades democráticas durante el que, luego en su prolongación hasta la Gran Guerra, comenzaron a desarrollarse en el país unas clases medias urbanas de cierto vigor. Hay, sin embargo, una grave cesura en medio, que significó *de facto* la bancarrota del consenso social que estaba en la base del régimen restaurador y la emergencia de una seria crisis intelectual y moral en el país: la derrota en la guerra contra los norteamericanos y la liquidación del resto del imperio colonial (Bernecker 1991, 12). La prolongada guerra en que España se vio involucrada poco después en el norte de Marruecos suele interpretarse como compensatoria de las pérdidas sufridas (1991, 12), pero su carácter impopular no hizo sino agravar la crisis nacional. Regeneración o desastre eran los términos de moda, no sin armónicos obsesivos en la vida pública. Pues bien, aunque hacia 1900 la tasa de analfabetismo era del orden del 65% en los adultos, al final de la contienda mundial el tejido industrial del país se había diversificado y fortalecido, y para entonces contaba ya con algo más que indicios de una administración pública moderna, weberiana, no sujeta por tanto al azar de los cambios de gobierno. La denuncia de Costa de lo que Lucas Mallada había llamado los males de la patria, sin embargo, seguirá teniendo razones justificativas hasta la proclamación de la II República (1931), porque es un hecho que, a despecho de las corrientes modernizadoras, ciertas estructuras del Antiguo Régimen prolongan su vigencia hasta muy entrado el siglo xx; por esta razón y un

tanto laxamente agrupo aquí documentos de los años diez (Rilke), los veinte (Klemperer) y los treinta (Thelen) del siglo pasado. Un distingo terminológico, el que opone la España oficial y la España real, cobra fuerza por entonces en la vida pública nacional².

La admiración de un distante F. Schlegel hacia 1800 cede el paso un siglo después a opiniones más contrastadas. Por lo antes sugerido, no es ahora tan raro que en 1908 todo un «consejero comercial» llamado Johannes Klein, en su *Spanienreise* y al cabo de algunas consideraciones triviales sobre el país que encuentra, emita desde la soberbia de las élites de los *Gründerjahre* juicios tajantes que equivalen a condenas. Klein, que ha asistido a un encuentro de ingenieros, visita plantas industriales y se interesa muy detalladamente por el estado técnico del país, sin perder ocasión de insistir en la inferioridad española. Rilke por su parte ha acogido en sus cartas poca realidad española en un sentido empírico o histórico-descriptivo, lo que no significa que no nos haya dejado páginas memorables sobre el paisaje de ambas Castillas o Toledo, una ciudad que lo impresionó de por vida; tiene, por ejemplo característico, alguna página muy positiva sobre la dignidad que observa en los mendigos españoles (Rilke 1976, 146)³. Como después Klemperer, por Madrid ha pasado a disgusto –también es despectivo con Sevilla–; él no *ve* propiamente la España de 1912 o 1913 en Ronda, o Toledo: los paisajes, el aire mismo suelen ser desencadenantes de estados internos que alguna vez lo aproximan al raptó extático; el país extraño le despierta a sí mismo, proporcionándole algo que necesitaba. Victor Klemperer, un catedrático de romanística que precisaba con alguna urgencia asimilar la lengua y elementos de la literatura española para un *Kolleg* que proyectaba en Dresde, se ha instalado, por lo menos en las fases iniciales de su viaje de 1926 –más adelante, en Bilbao, Pamplona y Zaragoza, corregirá en parte sus estimaciones– en el rechazo; así, en Granada desdeña extrañamente la Alhambra. Pero ya al llegar al país había confesado a su diario que no sabía nada del país, su literatura o su idioma. Nada de esto, excusado es decirlo, quita mordiente crítico a sus notas sobre las condiciones en que se encuentra el país que visita (así,

2. Pero BERNECKER (1997, 7) cita al también hispanista alemán Bernhard Schmidt, que por lo que parece en trabajos de los ochenta ha cuestionado la existencia de la «otra» España, la liberal-progresista, en la obra de los escritores y publicistas españoles de la época.

3. En esta idea elevada de los mendigos coincide con Ida Hahn-Hahn, Klemperer, Koeppen e, inesperadamente, también con Meier-Graefe. THELEN (1993, 145), por contraste, intenta explicarse el fenómeno.

sobre la higiene en las ciudades)⁴. En 1931 aparece en España el escritor alemán Thelen procedente de Amsterdam. Y Thelen es de todos ellos el único que se sume en la vida nacional, sin cerrar por ello los ojos ante su atraso, pero intentando hacerse con un cuadro suficientemente amplio en su novela-documento *Die Insel des zweiten Gesichts*. Que, por lo demás, y aunque historia acontecimientos de los primeros años treinta, los escribe casi veinte años después (la primera edición alemana es de 1951).

Aquí seguramente es productiva una conocida oposición metódica introducida en 1954 por Kenneth L. Pike, y según la cual cualquier manifestación cultural de una comunidad humana admite una aproximación analítica doble. Por un lado la perspectiva interior o *emic*, que la describe en términos significativos para el o los agentes, por tanto según sus propios cánones valorativos. Pero el punto de vista *etic*, externo, procede de la diferencia cultural e interpretativa, y por tanto el que lo emite en principio está en mejores condiciones para objetivar o relativizar. En nuestro caso Rilke conecta idealmente, por así decir, con ciertas corrientes místicas españolas, y proporciona una visión acaso distorsionada, ciertamente, pero a la que no podrá negarse fuerza artística; Klemperer parece asentado en el disgusto de su constelación personal, muy crítica cuando se le pone ante los ojos aquello que lo irrita. Albert Vigoleis Thelen, en fin, el más conscientemente político de los tres, hacia principio de los treinta, cuando se establece en Mallorca, sabe bien lo que significa el nazismo; también es más empático, y dedica más tiempo y un interés activo a la vida mallorquina; no magnífica, pero tampoco condena inapelablemente. Sin duda que también cabe allegar aquí observaciones complementarias de otros autores. Así, las del teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer, que permaneció un año de vicario en Barcelona en 1928/1929. Y en marzo de 1928 escribe así a su padre:

Las noches de la semana pasada han estado todas ocupadas por invitaciones. Un vicio de la gente de aquí es que se quedan infinitamente; antes de la una de la noche nunca termina una reunión vespertina. [...] Los españo-

4. Por supuesto que tampoco a un buen observador como Thelen se le escapa que «las condiciones higiénicas dejan mucho que desear en España» (1993, 94). Sobre las grandes diferencias de motivación entre los diarios de Klemperer de 1918-32 y los muy admirables de la época nazi, puede verse Hans-Jörg Neuschäfer en RODIER (2000, 147 y ss.). Indiquemos también aquí al pasar que una importante figura del pensamiento alemán del siglo xx, Walter Benjamin, se estableció en Ibiza por unos meses entre los años 1932 y 1933, y ha dejado notas abundantes sobre la vida en la isla en la correspondencia con su amigo G. Scholem que se cita al final.

les parecen ser bastante ascéticos tanto en lo que se refiere al sueño como en lo que se refiere a la comida (*apud* Vega en Raposo 2009, 255).

Una nota que incorpora Max Frisch (1982, 393) en un epílogo a una pieza teatral bastante posterior, *Don Juan oder die Liebe zur Geometrie* (1952), tiene un radio más extenso: «Don Juan es español: un anarquista»⁵. Aquí se aíslan dos marcas culturales algo dispares, dos culturemas si se quiere —el ascetismo por una parte, el tendencial anarquismo del alma española por otra—; intentaremos testar cuánto queda de todo eso para los visitantes de fin de siglo.

Es bien conocida, para continuar con los términos de Pike, la existencia de numerosas teorías *emic* sobre el devenir histórico de España en el último siglo y medio. Primero los krausistas y después los regeneracionistas, y desde la crisis de finales del XIX los escritores del 98 proponen explicaciones diversas sobre la decadencia, el presente y hasta la esencia de la nación, casi siempre con referencia a Europa. Por lo que tiene de común con algunas de entre esas interpretaciones, esta vez desde la perspectiva *etic*, merece atención el viaje que, como se ha dicho, realiza por buena parte de España Victor Klemperer con su esposa. Su punto de partida es sobrio (1996, 203): «Y quiero ver España sin romanticismos». Y, sin adivinarlo, poco después y por una causa trivial da con el centro de los desvelos regeneracionistas y noventayochistas (1996, 215): «En todo caso se nos ha hecho sentir que estamos en España y no en Europa, que no se tiene la certeza de coger determinado tren». (También el viajero Alfred Kerr se pregunta a principio de siglo si éste es un país europeo). Sus prospecciones históricas y sociales son con todo, sobre primitivas, escasamente informadas, si bien asimismo alude, esta vez con total justeza, a la «horrenda crueldad» de las corridas (por entonces en la suerte de varas el caballo carecía de protección contra las arremetidas del toro; pero ya algún viajero alemán del XVII había dejado por escrito su desagrado ante el espectáculo taurino). La revelación viene algo más tarde; el 14 de abril registra en su diario:

Quisiera llamar a esto *la mentira* española, de la que, sin embargo, quizá sea menos culpable España que Alemania (o Europa): si viajo a África ya sé que se trata de una expedición a lo «indígena» y voy equipado para esa expedición. Pero si viajo a España creo que voy a hacer un viaje en

5. Recordemos aquí, en lo que toca al interés de M. Frisch por España, que el protagonista de su novela *Stiller* había estado enrolado durante la guerra civil en las Brigadas Internacionales.

el interior de Europa y estoy perdido en África. [...] Y también frente a la literatura española existe entre nosotros la mentira española (1996, 216).

Juicios derogatorios de este tipo no son exactamente novedad, tampoco con carácter *emic*; ya Joaquín Costa consideraba a España en 1901 una «nación semiafricana». Sin duda que era «un mundo social fragmentado, ruralizado y mal comunicado», con fórmula de José Varela (Costa 1998, 29), un país de estructuras agrícolas que mantenía a amplios sectores de la población a niveles mínimos. Pero el caso es que la cita procede de alguien que ha puesto por escrito su desconocimiento de la historia y la lengua del país, un filólogo que no puede con el *Lazarillo* o el *Buscón* (también niega que España haya conocido el Renacimiento en su célebre polémica de 1927 con L. Pfandl). Ahora bien, la impostación del punto de vista *etic*, en el límite incluso de la irreductibilidad recíproca de las formaciones culturales, no necesita resolverse en el impropio. Rilke (1976, 46), para volver a él, escribe en una carta de noviembre de 1912: «... lo que me conmueve es estar por fin en un país donde los perros van a la iglesia».

En 1936 la guerra civil y sus consecuencias cercenan durante decenios al país de los flujos modernizadores de Europa. Con un patrón interpretativo ya conocido, para Bernecker la guerra civil se derivó de la imposibilidad de una facción y otra de imponer sin el recurso a la violencia en cada caso su modelo social, económico y estatal; pero es justo la guerra la que consume el «fracaso del reformismo modernizador» (1991, 17). Al precio de la guerra lo que llama la derecha sociológica —«el bloque de poder de la gran propiedad territorial, la oligarquía financiera y la gran burguesía»— recuperó la hegemonía (1991, 210) eliminando de paso las tradiciones liberales (1991, 211). En cualquier caso el conflicto también tuvo un notable reflejo informativo y cultural en germanohablantes que visitaron la zona republicana por un motivo u otro (E. E. Kisch, Kantorowicz, Renn, Koestler, Toller, Borkenau, Erich Arendt, Katia y Klaus Mann, etc.). Para Bernecker (2006, 131), ya al final del franquismo el cuerpo social del país había sufrido muy visibles modificaciones, aun cuando se mantuvieran tenaces las estructuras autoritarias de poder. Pertinente para nosotros es el hecho de que a finales del siglo xx, y aunque siga siendo audible a modo de *basso continuo* una u otra disonancia del país, se reconocen unánimemente cambios profundos en el empleo de las llamadas imágenes fuertes. Los ensayos de Enzensberger, el análisis antropológico-cultural de Ingendaay o de los publicistas y periodistas integrados en el volumen colectivo de Herzog, la lectura histórica y política de Bernecker o Haubrich o la más cultural de Gimber ya no sitúan en el claroscuro la imagen española. Hay afirmación en ellos, y hasta llama la atención la buena nota que suelen extender a su presente.

El persistente cliché de los románticos se ha ido diluyendo en el camino, y para Haubrich lo de «África empieza en los Pirineos» ha sido olvidado hace tiempo por unos y otros.

Y bien, en la mencionada colección de artículos de corresponsales de prensa extranjeros coordinada por el suizo W. Herzog (2006, 29), y referida ya a la inmediata actualidad, Rainer Wandler constata: «Expertos autoproclamados explican lo que hay que pensar. Reinan los tópicos, y mucho». A los españoles les falta sistema en lo que hacen, carecen de respeto por las reglas, y experimentan un decidido malestar por dejarse regir por propósitos abstractos, afirma por su parte Ingendaay (2002, 58), y el orden, continúa, o lo que por tal se entiende en Alemania, no es una virtud deseable en este país. Pero también sorprende la generosidad de ciertas conductas de los españoles; así, Paul Ingendaay en Herzog (2006, 189 y s.); es una percepción antigua, por lo demás. En fin, en 1985 Enzensberger (1987, 397) da durante sus pesquisas con un informante anónimo —es un alemán establecido tiempo atrás en España— que le hace una confidencia que vale por un balance de resultados:

Se las tiene usted que ver aquí con un país razonable hasta la banalidad, normal hasta el aburrimiento, exactamente como la República Federal. Naturalmente nadie está satisfecho. [...]. España ha perdido del todo su encanto. [...] Constatará usted que hoy por cada fanático español por lo menos hay diez personas completamente normales. Tras siglos de sinsentido es esto un triunfo, querido. ¡Un triunfo!

Se sabe, en efecto, que ciertos indicadores macroeconómicos de finales del siglo xx ponen de manifiesto un crecimiento del país en ciertos aspectos espectacular. Gimber (2003, 27) menciona que en 1995 la economía española ocupaba el octavo lugar en el mundo; también señala que en la universidad española actual hay matriculadas más mujeres que varones, y que desde hace tiempo la producción librera del país es la quinta del mundo (y la tercera de la Unión Europea). Como ilustración general de la interpretación ajena de esos cambios reproduce una información que quizá extrañe (Gimber 2003, 17): «En Alemania, por ejemplo, España fue designada en un artículo de *Die Zeit* del 13 de enero de 1989 y con el título *Llegada a la modernidad*, como el país más eficiente de la Europa románica». E Ingendaay, por su parte (2002, 18): «La rápida transición del país a la democracia tras la muerte de Franco [...], tras casi 40 años de dictadura, fue contemplada con admiración en todo el mundo y se considera desde entonces como modelo político». Con todo, Drouve (2002, 158) pone al descubierto aspectos sobre los que no se habla tanto: «Igual de llamativa que el rápido crecimiento son las diferencias socio-profesionales, muy amplias». Este moderno estado

industrial y de servicios, además, a veces resiste mal ciertas comparaciones con su entorno (2002, 159): «Tampoco los bajos salarios están en ninguna relación con el “boom” económico, aunque mantienen al país competitivo en el contexto internacional». Y en el muy sensible ámbito de los servicios sociales o asistenciales «está España en alto grado infradotada» (2002, 159); sobre el sistema educativo público o la formación profesional cualificada también es crítico. Herzog (1999, 8) agrega a esto que todavía a fines del siglo xx el consumo de periódicos por 1000 habitantes en España es aproximadamente un tercio de las cifras alemanas, y que un 63% de los adultos españoles no compra nunca un libro.

Más rosácea es la lectura política del estado de cosas en Gimber (2003, 111), bastante extendida, por lo demás:

La «transición», que tuvo su comienzo aquel 20 de noviembre, no fue radical, pero en el curso de los años trajo modificaciones radicales en todos los ámbitos de la vida: en lugar de guerra civil reconciliación, en lugar de dictadura libertad, en lugar de centralismo gobiernos autónomos y bienestar en lugar de pobreza. [...] La España joven se concentró en los nuevos mecanismos identitarios: reconciliación, modernización y europeización.

Si bien después añade (2003, 112): «Una superación en profundidad del pasado no se produjo durante la *transición* y no se ha producido hasta hoy». (Que la voluntaria amnesia sobre el pasado inmediato era muy general lo vio por cierto y como pocos Max Aub, un importante escritor español de origen precisamente alemán, cuando volvió en 1969, y por poco tiempo, del exilio mejicano). Drouve (2002, 150) la atribuye simplemente a falta de interés de un país «en el que se archiva el pasado con la velocidad del viento». Tampoco Haubrich (2009, 14) salta sobre este punto, y ve esa amnesia en la propia *transición*:

Ciertamente la democracia no les fue regalada a los españoles. Se conquistó con grandes sacrificios, también víctimas mortales. [...] Los muertos [...] sin embargo hoy no son celebrados como mártires de la democracia. En gran medida han sido olvidados.

ENZENSBERGER (1987, 396) en su visita a España en 1985 se dirige así a su interlocutor, contraponiendo aquí el caso español al apoyo de masas de los alemanes al nazismo: «Además, y ésta es una diferencia esencial, los españoles han liquidado su dictadura con sus propias fuerzas». No obstante todo lo cual, para HAUBRICH (2009, 30) los españoles «esto se ve también en la agresividad y crispación de los políticos todavía décadas después del final de la dictadura» no son todavía un pueblo reconciliado». El mismo autor vuelve páginas después (2009, 56) sobre realidades poco gratas:

España acusa desde hace años la tasa de productividad por trabajador y hora más baja de la UE. [...]. En primer término se ha echado la culpa de ello a la mala organización del trabajo, por tanto responsabilizando a empresarios e instituciones. Entre tanto son cada vez más audibles las voces que sostienen que solo la mitad de los españoles trabaja realmente.

En esta línea Drouve (2002, 158) añade que «en protección medioambiental y emisiones dañinas queda una extraordinaria tarea por realizar». O bien, y aquí el entonces germanooriental Harich (1978, 316) carga las tintas: «Madrid alcanza [...] el más elevado grado de contaminación atmosférica de todas las ciudades europeas del Este y del Oeste. La naturaleza ha sido devastada en España como en ningún otro país del mundo». Ahora bien, el apocalipsis busca su profeta, y el propio Harich (1978, 316) está en condiciones de suministrarlo, aunque se trate de una entidad algo abstracta: «De esta combinación de precariedades *sociales* y *ecológicas* infiero que España va al encuentro de una *Revolución social y ecológica combinada* como no se conoce todavía en la historia universal». También hay alguna sorpresa en los aspectos menores de la antropología social contrastiva: así, los niños españoles actuales suelen ser vistos como simplemente maleducados (Drouve 2002, 176).

Todavía hacia 1932/33 Thelen (1993, 41), un escritor sin acrimonia pero de notable sensibilidad para percibir la singularidad del país, podía retratar así una escena callejera de Palma de Mallorca: «Una retahíla de niños hambrientos ocuparon ambos lados para hacer calle a los señores». Setenta años después «España no quiere ser distinta de los estados vecinos, sino un país europeo completamente normal» (Haubrich 2009, 164 y ss.), si bien en los españoles de hoy se detectan «la superstición del progreso» y pulsiones consumistas (Bernecker 1991, 220). Una coincidencia en el tiempo pareció sellar lo que se considera la normalización: en 1986 «no solo conmemoró España el 50 aniversario del comienzo de la guerra civil; también fue el año en que el país se convirtió en miembro pleno de las Comunidades Europeas y en que se decidió de forma definitiva por la permanencia en la OTAN» (Bernecker 1991, 220). Los pujos de caballerosidad e hidalguía que todavía sorprendían a Frisch o Koeppen en los años cincuenta, también entre los sectores más empobrecidos de la población, a mitad de los ochenta no son fáciles de hallar entre los múltiples cortes longitudinales sobre la sociología del país que realiza Enzensberger en su brillante ensayo⁶. No parece que haya que lamentar el cambio, viene a decir, con palabras su comunicante

6. Enzensberger publicaba ya a comienzos de los sesenta buenos ensayos sobre la poesía en español o sobre Neruda.

anónimo (1987, 397): «Los viejos vicios, las viejas virtudes, las viejas convicciones –todo se ha ido arroyo abajo». Al término el propio Enzensberger hace un resumen algo sorprendente del Madrid de la llamada *movida* (1987, 386): «Esta sociedad en que se tratan políticos y terratenientes, militares y periodistas, artistas y banqueros, tiene algo de oriental»⁷.

Para Ingendaay (2002, 18), todo el que mira a España como extranjero se construye una España desiderativa (o proyectiva). Pero, agrega, la mirada de un alemán produce sin duda un país distinto al de un francés o un neerlandés. Añadamos nosotros que muy especialmente en el caso de un alemán con algo de sentido histórico esa mirada está lastrada por el resultado de la guerra civil, con el que la ayuda militar del régimen nacionalsocialista tuvo mucho que ver. En el encuentro cultural (unidireccional) que aquí inventariamos limitadamente los elementos definidores de la imagen española han sufrido notables desplazamientos, sin perjuicio de que en ciertos casos probablemente estemos ante meras redenominaciones:

Con las lindezas que oportunamente nos dedicaban contribuyeron a la imagen diversa, asistemática y contradictoria que ha regido muchos comportamientos de los alemanes frente a España. Las singularidades de una cultura, mestiza como ninguna en Europa [...] han sido constante objeto de extrañeza, en ocasiones, de admiración y en todo tiempo de comentarios y curiosidades.

El anterior juicio de Vega (*apud* Raposo 2009, 37) pierde validez en términos generales desde, como tarde, los años setenta del siglo pasado. Que la percepción actual de los observadores esté compuesta también de cosas de las que aquí se habla poco no tiene tanto de extraño; la estabilidad alcanzada, nos recuerda Bernecker, ha tenido un precio político y moral: «La *transición* representó una especie de pacto de honor a través del cual la compensación a los franquistas por la entrega del poder tenía lugar como la práctica de una amnesia colectiva» (Bernecker 1991, 219). En esto coinciden varios autores, ya se ha dicho, aun cuando la valoración global de todos ellos posea índices axiológicos muy favorables (lo que también nos puede resultar chocante). Y si conocer al otro y conocerse son una misma cosa,

7. De interés que ya en la década de los sesenta del XIX Karl Marx también creyó percibir en alguna de sus crónicas sobre España para el *New York Tribune* rasgos «orientales» en las estructuras de poder del país. Por lo demás, también Alfred Zimmermann (PÖHLMANN 2004, 157) encontraba en 1917 que el carácter de Madrid no era moderno, sino oriental. Ya para A. W. Schlegel la *Poesie* española tenía «una vena oriental».

para Todorov (2007, 30) «una verdad banal», diciendo sobre un país de la periferia europea estos escritores alemanes dicen también del suyo.

En efecto, el entusiasmo admirativo de Fischer marca ya una primera línea de disenso cultural positivo, que a lo largo del xx se afina y amplía en dirección inversa en la medida en que los viajeros se sienten representantes de un modelo social de mayor racionalidad. Y bien, en cualquier caso el interés no podría haberse mantenido sin la existencia de formas de identificación con el país visitado, revigorizadas a finales del siglo tanto por las mutaciones reales de la sociedad española como por la desaparición gradual de ideologías de la prepotencia o el rechazo, no siempre atenuadas. La «invención de un contramito de la pureza originaria radical» (Bhabha 2000, 29) se desvaneció hace largo tiempo ante el embate de una información mayor y mejor; en el nuevo milenio son ya una realidad vías múltiples de convergencia que no pueden sino favorecer la hibridación cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMIN, Walter y SCHOLEM, G. *Briefwechsel 1933-1940*, Frankfurt, Fischer, 1980.
- BHABHA, Homi K., *Die Verortung der Kultur*, trad. M. Schiffmann y J. Freudl, Tübingen, Stauffenburg, 2007.
- BERNECKER, Walther L., *Krieg in Spanien 1936-1939*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1991.
- *Spanische Geschichte. Vom 15. Jahrhundert bis zur Gegenwart*, Múnich, Beck, 2006.
- BRIESEMEISTER, Dietrich, *Spanien aus deutscher Sicht*, Tübingen, Niemeyer, 2004.
- BRÖHAN, Margrit (ed.), *Spanische Augenblicke. Ein Reiselesebuch*, Frankfurt, Fischer, 1991.
- CASAS, Bartolomé de las, *Brevísima relación de la destrucción de Indias*, Barcelona, Juventud, 2008.
- COSTA, Joaquín, *Oligarquía y caciquismo*, introd. José Varela Ortega, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
- DROUVE, Andreas, *Kulturschock Spanien*, Bielefeld, Peter Rump, 2002.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus, «Spanische Scherben», en H. M. E., *Ach Europa. Wahrnehmungen aus sieben Ländern*, Frankfurt, Suhrkamp, 1987.
- «Las Casas, o la mirada retrospectiva hacia el futuro», en *El interrogatorio de La Habana y otros ensayos*, Barcelona, Anagrama, 1985.
- FISCHER, Christian August, *Reise von Amsterdam über Madrid und Cádiz nach Genua in den Jahren 1797 und 1798*, Heidelberg, Palatina, 1998.
- FRISCH, Max, *Don Juan oder die Liebe zur Geometrie*, en *Stücke 2*, Frankfurt, Suhrkamp, 1982.
- GIMBER, Arno, *Kulturwissenschaft Spanien*, Stuttgart, Klett, 2003.
- HAHN-HAHN, Ida, *Reisebriefe*, tomo 1, Berlín, Druckner, 1841 (digitalizado).

- HARICH, Wolfgang, *¿Comunismo sin crecimiento?*, trad. Antoni Domènech, Barcelona, Materiales, 1978.
- HAUBRICH, Walter, *Spanien*, Múnich, Beck, 2009.
- HERDER, Johann Gottfried, *Werke in zehn Bänden*, tomo 3, Frankfurt, Deutscher Klassischer Verlag, 1990.
- HERZOG, Werner, *Die Dichter von Madrid. Ein literarischer Streifzug durch Cafés und Bars*, Hamburg, Rotbuch, 1999.
- ed., *Vaya país. Cómo nos ven los corresponsales de prensa extranjera*, Madrid, Aguilar, 2006.
- HOFFMEISTER, Gerhart, *España y Alemania. Historia y documentación de sus relaciones literarias*, trad. Isidro Gómez, Madrid, Gredos, 1980.
- HUMBOLDT, Wilhelm von, *Los vascos*, trad. Miguel de Unamuno, San Sebastián, Roger, 1999.
- *Diario de viaje por España*, trad. M. Á. Vega, Madrid, Cátedra, 1998.
- INGENDAAY, Paul, *Gebrauchsanweisung für Spanien*, Múnich/Zúrich, Piper, 2002.
- KERR, Alfred, *O Spanien! Eine Reise*, Berlín, Fischer, 1924.
- KLEIN, Johannes, *Eine Spanienreise* (conferencia), Frankenthal, autoed., 1908.
- KLEMPERER, Victor, *Leben sammeln, nicht fragen wozu und warum - Tagebücher 1919-1932*, 2 vols., Berlín, Aufbau, 1996.
- KOEPPEL, Wolfgang, *Nach Rußland und anderswohin*, Frankfurt, Suhrkamp, 2007.
- KRAUSS, Werner, *Briefe 1922-1976*, Frankfurt, Klostermann, 2002.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro y SECO SERRANO, Carlos (eds.), *España en 1898*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1998.
- MARTÍNEZ ALONSO, Pedro Javier, *Libros de viaje alemanes a España en el siglo xx*, Madrid, autoedición, s. f.
- MARX, Karl, *La España revolucionaria*, ed. Jorge del Palacio, Madrid, Alianza, 2009.
- MEIER-GRAEFE, Julius, *Spanische Reise*, Múnich, List, 1984.
- NORDAU, Max, *Impresiones españolas*, trad. Federico M. de Gispert, Córdoba, Almuzara, 2006.
- PIKE, Kenneth Lee, *Language in Relation to a Unified Theory of Structure of Human Behavior*, La Haya, Mouton, 1967.
- PÖHLMANN, Isabel (ed.), *Spanien Reise-Lesebuch*, Múnich, DTV, 2004.
- RAPOSO, Berta y GARCÍA-WISTÄDT, Ingrid (eds.), *Viajes y viajeros entre ficción y realidad. Alemania-España*, Valencia, PUV, 2009.
- RICHTER, Nicolas (ed.), *Spanien. Eine literarische Entdeckungsreise*, Frankfurt, Fischer, 2009.
- RILKE, Rainer Maria, *Epistolario español*, trad. Jaime Ferreiro, Madrid, Espasa-Calpe, 1976.
- *Rilke in Spanien*, ed. Eva Söllner, Frankfurt, Suhrkamp, 1991.
- RODIEK, Christoph (ed.), *Dresden und Spanien*, Frankfurt, Vervuert, 2000.
- SCHLEGEL, Friedrich, *Obras selectas (vol. 1)*, 1983, introd. y notas Hans Juretschke, trad. Miguel Ángel Vega, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- *Kritische Schriften*, Múnich, Hanser, 1958.

- SOTELO, Ignacio *et alii*, *Cuatro ensayos de historia de España*, Madrid, Edicusa, 1975.
- STEGMANN, Anton, *Ins Herz Spaniens. Reiseerzählung nach Tagebuchblättern eines Hochschulstudenten*, Heilbronn, Schwabenverlag, 1928.
- THELEN, Albert Vigoleis, *La isla del segundo rostro*, trad. Joaquín Adsuar, Barcelona, Anagrama, 1993.
- TODOROV, Tzvetan, *Nosotros y los otros. Reflexiones sobre la diversidad humana*, trad. Martí Mur Urbasat, México, Siglo XXI, 1991.
- TUCHOLSKY, Kurt, *Ein Pyrenäenbuch*, Reinbek, Rowohlt, 1975.
- VEGA, Miguel Ángel y WEGENER, Henning (eds.), *España y Alemania. Percepciones mutuas de cinco siglos de historia*, Madrid, Editorial Complutense, 2002.